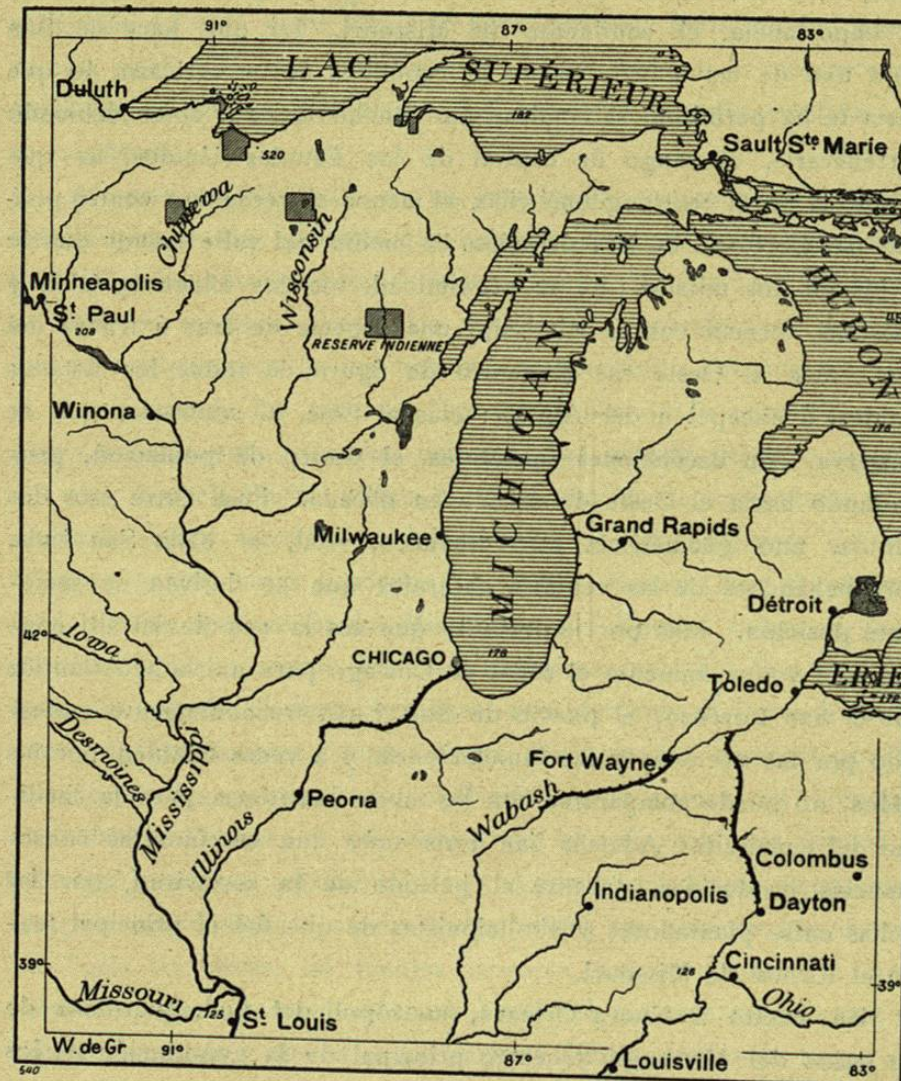


dad, Pittsburgo, á la que circunstancias favorables, minas de hierro y de carbón, manantiales de gas y de petróleo han ayudado singularmente en su progreso, ocupa la situación clásica de tantas otras ciudades importantes, la confluencia de dos ríos principales cuya unión constituye una corriente fácilmente navegable, lo que le valió una misión estratégica cuando los Franceses construyeron allí el Fort Duquesne en el siglo XVIII y le dió en seguida su valor comercial, aumentado después por todas las vías artificiales que se ha hecho converger hacia ese punto. El centro del valle debía también producir un grupo de concentración urbana. Cincinnati fué durante mucho tiempo la «Reina del Oeste» y, aunque haya sido distanciada después, no ha cesado de crecer y constituye una de las ciudades más grandes del mundo con las ciudades anejas de la orilla meridional del Ohío, en el Estado del Kentucky. Más abajo, á la orilla del mismo río, pero con alternativas de sitios escarpados, Luisville se completa con ciudades de la Indiana que le hacen dar frente al Norte. Ese gran centro de población y de comercio es como una segunda Cincinnati, y no se comprendería que estuviera tan cerca de otra aglomeración muy considerable, si su existencia no se hubiera hecho necesaria por los rápidos del Ohío, que hacían de ese punto preciso del valle un lugar forzoso de detención, de trasbordo y de depósito de mercancías. El movimiento de la población ha debido dirigirse hacia el obstáculo y al canal que le rodea, y Luisville ha crecido en detrimento de las ciudades del curso inferior del Ohío. Ha reemplazado en gran parte como nudo vital al confluente del Mississippi y del Ohío, que, según las sencillas indicaciones del mapa, parecería haber de ser el punto central de población en la cuenca del Ohío inferior. La naturaleza se oponía á ello: del suelo bajo, fangoso é insalubre, las fiebres se elevaban en brumas, el cambiante curso de las enormes masas de agua modificaba constantemente los canales, los puertos, las penínsulas y los bancos de arena: el valiente é ingenioso Americano no ha podido lograr, á pesar de admirables trabajos hidráulicos, muelles, diques y terraplenes, hacer una gran ciudad de la aglomeración á que ya había dado ambiciosamente el nombre del Cairo, como la capital de Egipto; es un lugar de paso rápido, no de estancia y residencia.

El eje natural de toda la República americana, el curso del Mississippi, ha de estar también bordeado de centros poderosos. La

N.º 540. De Toledo á Duluth y á San Luis.



doble ciudad, Saint-Paul y Minneapolis ó «Minnapaul», es de ellas la más notable por la extraña rapidez de su crecimiento: las dos ciudades, situadas sobre dos revueltas próximas del río, se han precipitado, por decirlo así, la una hacia la otra, impulsadas por una



especie de vértigo, mezclando sus fábricas, sus barracas y sus palacios, sus bellas avenidas y sus montones de carbón y de escombros. Hacia la mitad del eje missisipiano se presenta otra ciudad, San Luis, construída á cierta distancia del rasgo geográfico á que debe su importancia, el confluente del Missouri. Lo que hace de San Luis una de las metrópolis de la república norteamericana, lo que hasta le ha permitido reivindicar por mucho tiempo, como debiendo pertenecerle, el rango de capital de los Estados Unidos, es que ocupa, si no el centro geométrico, al menos el verdadero centro político del territorio de la federación, en medio del valle mayor que le divide en dos mitades; en su proximidad, los dos afluentes, Ohío y Missouri, forman con el Mississippi una especie de cruz á través del país. Más al Oeste cae el centro de figura de todos los Estados Unidos, á excepción del Alaska; más al Este, al contrario, que se conserva, con oscilaciones incesantes, el centro de población, progresando hacia el Oeste de década en década. Pues entre esos dos puntos, uno geométrico, otro dinámico, vital, se halla San Luis, aprovechándose de las ventajas naturales que se derivan de semejante posición. Mas por importante que sea la red fluvial allí convergente y que aumenta el canal de Chicago para unirla al Atlántico por el San Lorenzo, el puerto de San Luis, frecuentemente molestado por las avenidas y las inundaciones, y á veces también por los hielos, no puede compararse con las abras marítimas para la facilidad del comercio. Además San Luis sufre aún las funestas consecuencias producidas, durante el período de la esclavitud, por las luchas entre plantadores y abolicionistas de que fué el principal teatro el Estado de Missouri.

En cuanto á Nueva Orleans, metrópoli del Sud, guardiana de los pasos del Mississippi y centro principal de la exportación de los algodones y de los azúcares, era uno de los baluartes del antiguo régimen esclavista, y, como tal, evitada por la inmigración de los blancos, que ha hecho la fuerza y la prosperidad de la zona atlántica de los Estados Unidos. Otra causa de retraso para el desarrollo de Nueva Orleans fué la insalubridad de la región, cortada por riachuelos, poblada de serpientes y cocodrilos, infestada de mosquitos y frecuentemente visitada por la fiebre amarilla. Desde que

la ciudad fué ocupada y saneada por los ejércitos del Norte, desapareció el temible azote, un canal profundo y permanente pone la creciente del río ante la ciudad en comunicación libre con el golfo de Méjico, la campiña está poblada de trabajadores libres, los progresos de toda clase han sido considerables, pero, en la concurrencia vital entre las ciudades, lo mismo que en la competencia entre los individuos, las horas, los años, las décadas perdidas no se recobran.

Al oeste del Mississippi, en las grandes llanuras uniformes en apariencia que se van elevando gradualmente hacia la base de las montañas Rocosas, las grandes ciudades Omaha, Kansas-City y Denver se reparten también, según las condiciones naturales que determinan la aglomeración de los hombres favoreciendo sus intereses por la abundancia de los recursos, las facilidades de la ganancia y los placeres de la vida. Omaha, con la ciudad gemela del lado opuesto del río, Council-Bluffs, dirige la vasta región de agricultura y de comercio donde vienen á reunirse todas las ramificaciones del alto Missouri con la larga corriente del Platta; Kansas-City, situada más abajo, en la confluencia del Missouri y del Kansas, ocupa el lugar preciso donde se cruzan dos vías históricas, una del Sud al Norte hacia las grandes llanuras herbosas, otra del Este al Oeste hacia los valles de las Rocosas, desde donde divergen los caminos por los collados de los montes hacia el Pacífico y la cuenca del Colombo. Por último, Denver, al pie mismo de las escarpas que forman la principal osamenta continental de la América del Norte, tiene, como un guerrero la mano llena de flechas, todos los caminos que remontan hacia las minas, las fuentes termales, los bosques de la montaña. Al lado opuesto, sobre el dorso del inmenso edificio con sus aristas paralelas y sus extensas llanuras áridas, no puede haber más que ciudades-oasis en los escasos valles de regadío, y agrupaciones urbanas más ó menos temporales, procedentes de la explotación de las minas y abandonadas en cuanto las venas de la roca han sido despojadas de su metal. Más allá, al otro lado de los montes, en la estrecha zona de campos que bordea el Pacífico, se muestra un nuevo collar de grandes ciudades que se suceden al norte y al sud de la ciudad dominadora, la bella Friscoe — San Francisco, — que



pretende llegar un día á mandar en todas las costas del anfiteatro oceánico que se desarrollan á Occidente hasta China, Australia y las Indias.

Esa inmensidad mundial de la República norteamericana, ese gigante que extiende los brazos de un lado sobre el Atlántico, del otro sobre el Pacífico, ha tomado forma y vida en el conjunto de las naciones en un corto número de décadas. Un pueblo nuevo ha surgido de repente entre los demás pueblos, y es entre todos el más poderoso; pero esa prodigiosa transformación se ha realizado por desplazamiento, por importación del Mundo Antiguo: en este hecho debe verse ante todo un fenómeno de la historia de Europa, cuyo territorio, demasiado estrecho, ha sido necesario ensancharle á través de los mares. Los habitantes primitivos de América no han tenido en la evolución de que ha salido la república federada más que una participación absolutamente pasiva: como en las ceremonias antiguas, fueron las víctimas sacrificadas ante el altar. Un régimen económico completamente diferente daba al mismo medio influencias contradictorias: el cazador no podía vivir al lado del agricultor, ó, al menos, no podía vivir sino allí donde el agricultor recién llegado no era un puro bárbaro á pesar de la Biblia y de sus leyes escritas. Los Indios pescadores cambiaban poco de residencia, lo mismo los que ya cultivaban la tierra, y con ellos tuvieron los colonos europeos sus primeros conflictos; pero la mayor parte de los Indios eran semi-nómadas, gracias á su vida de cazadores, y pudieron huir de soledad en soledad. Los desplazamientos habían sido en todo tiempo numerosos y rápidos en las tribus indígenas y á veces bastaban pocos años para que los bosques, los ríos, espacios inmensos separasen el antiguo y el nuevo campamento. Así los Sioux, los «Enemigos» por excelencia de los Algonquines<sup>1</sup>, aquellos á quienes se denominaba «Semejantes á serpientes», parece que habían primitivamente habitado los valles appalachianos y las costas del Atlántico, donde, recientemente aún, habían dejado sobre las orillas del Santee, al norte de Charleston, algunos representantes; pero á

<sup>1</sup> W. J. Mac Gee, *The Siouan Indians*, from the fifteenth annual Report of the Bureau of Ethnology, 1897, p. 158.

medida que los rebaños de bisontes se hacían raros en las tierras orientales y se desplazaban hacia el Occidente, en la zona de las praderas, los Sioux seguían su caza; unos y otros, obligados por los cazadores blancos, mejor armados que los Pieles Rojas, iban á ser, más allá del Mississipi y del Missouri, sacrificados al mismo tiempo.

Sabido es que mucho antes de la matanza de los pueblos cazadores fugitivos en el Far West, fueron sistemáticamente exterminadas algunas tribus de Pieles Rojas, y que especialmente los «Puritanos» de la Nueva Inglaterra se dedicaron á esta obra de odio con un celo religioso. Desde esa primera época de la colonización, los ejemplos del pueblo judío destructor de los Zebuseos y de los Amalecitas no han tenido la menor intervención



PIEL ROJA TCHEROKI

en las persecuciones y matanzas de las tribus indias, y únicamente con el propósito de apoderarse de sus tierras sin pagarlas ó por efecto de una brutalidad feroz, por el furioso impulso de la guerra, se ejecutaron las expulsiones de Indios acompañadas de asesinatos. Hasta se llegó con frecuencia á proceder sistemáticamente á la supresión de la raza por la propagación de enfermedades contagiosas y sobre todo por la distribución de malos aguardientes. La cruel multitud repetía con complacencia un proverbio irónico: «¡El mal whisky hace buenos Indios!» Es decir, los mata.

Algunos miles de Pieles Rojas se salvaron en el Canadá ó en



Méjico; otros viven aún protegidos por soledades de arena ó de rocas; hay, por último, ciertas «reservas», es decir, enclaves de terrenos concedidos que los nuevos poseedores de la comarca han tenido á bien respetar: tales son, por ejemplo, las que en el Estado de New-York pertenecen á las «Seis naciones». Pero lo que mejor ha defendido contra la muerte al resto de los indígenas, es que, por la influencia del medio de civilización en que se hallan, realmente se han europeizado: hablan la lengua de sus dominadores, conocen sus oficios y practican sus costumbres; cuando se rompe oficialmente el lazo de la tribu, nada impide que se hagan ciudadanos, electores y hasta elegidos como los blancos con quienes viven. En las escuelas donde se educan niños de origen indio se ha visto que no son inferiores en nada á los Americanos de raza blanca, superándoles por la gravedad de su actitud y la seriedad de su conducta. En el gran colegio de Hampden, situado á la extremidad de la península que defiende al Este la entrada del golfo de Chesapeake, hay un centenar de estudiantes Indios Pielas Rojas que en su mayoría pertenecen á tribus todavía errantes del Gran Oeste, y es verdaderamente uno de los más bellos espectáculos que pueden verse el que ofrecen esos jóvenes finos, enérgicos, algo tristes, que estudian con tanta seriedad y tranquila comprensión, y que en su actitud y en su conversación atestiguan un noble respecto de sí mismos.

En Africa y en Oceanía, ciertas tribus que se sienten condenadas se abandonan al destino sin tratar de defenderse. No así los Indios de América, que quieren vivir, y no perecerán ciertamente, aunque, á ejemplo de todas las demás nacionalidades representadas en el inmenso crisol de la multitud americana, su destino inevitable consiste en fundirse en el conjunto de la nación. Hasta en concepto del número, resisten á las causas de disminución: las cifras oficiales publicadas cada diez años para el recuento de los Estados Unidos, y que son para el año 1900 un total de 237,224 Indios, carecen de valor á este respecto, porque cuentan solamente los indígenas aún agrupados en forma de tribus, y la evolución general que les impulsa consiste precisamente en disgregarles y en confundirles como ciudadanos en la multitud de los otros Americanos, puesto que, como de raza ó ya mestizos, cesan de ser contados como Indios, lo

que no cambia nada su verdadero origen. Además, la sangre de los Pielas Rojas es considerada como «noble» según las conveniencias sociales, debido sin duda á que los aborígenes se negaron á trabajar para los blancos y el azote no pudo someterles, por lo que los matrimonios de hombres de origen europeo con las mujeres indias son considerados como honrosos y son muy frecuentes en los Estados del Oeste. A miles podrían citarse los *bois brûlés* ó mestizos descendientes de viajeros canadienses franceses del siglo XVIII, domiciliados entre los Indios de las tribus occidentales. A veces la mezcla de la sangre entre blancos é indias se hizo de una manera sistemática. Los Choctaws (Chactas) habían conservado todavía cierta extensión de tierras, á pesar de los actos



PIEL ROJA KIOVA

de expoliación decretados por el Congreso, y los blancos de las inmediaciones trataban naturalmente de apoderarse de aquellos territorios y no podían lograrlo legalmente sino por el matrimonio con mujeres choctaws. En efecto, según la ley del país, todo blanco que se casaba con una Choctaws recibía en dote 55 acres (23 hectáreas) de buena tierra y cierta cantidad satisfecha anualmente por cada uno de los miembros de su familia, y de ese modo se aumentaba el bienestar con el número de los hijos. En esas condiciones los jóvenes arrendatarios americanos que buscaban fortuna se complacían en casarse con



mujeres choctaws, que eran bellas, dulces é inteligentes. Pero viéndose la nación en peligro de perder poco á poco todas sus tierras, se acordó que á partir del 1.º de Noviembre de 1899 dejarían de dotarse los casados de origen extranjero. Resultó de tal acuerdo una verdadera caza al matrimonio, y en el espacio de seis semanas, más de seiscientos blancos se casaron con *Squaw* de la nación choctaw.

En testimonio de la vitalidad enérgica de esos Indios de raza que no quieren morir, puede citarse la nación de los Tcherokis (Cherokees), que sufrió tantas persecuciones, injusticias y toda clase de violencias. Al principio del siglo XVIII, cuando su territorio de caza comprendía toda la parte meridional de la cadena de los Appalaches y las vertientes de esas montañas que pertenecen actualmente á los Estados de las Carolinas, de Georgia, del Alabama y del Tennessee, la cifra total de la nación tcheroki, calculada según el número de los guerreros, era de unos quince mil individuos. Durante el curso del siglo la nación aumentó una cuarta parte, á pesar de las persecuciones sucesivas y de las numerosas luchas suscitadas por las rivalidades de los Franceses y de los Ingleses. La guerra de la Independencia envolvió en su remolino á los Tcherokis, diezmándolos de nuevo, y recayeron al número de quince mil; después, durante el siguiente período de paz, aumentaron de nuevo. Llegó el período de la expulsión y del traslado de la tribu al territorio «Indio», al otro lado del Mississippi, en las márgenes del Arkansas: un primer lote de emigrantes, confiados en las promesas del «Tío Sam», consintió en partir; pero encontró el territorio concedido ocupado ya por otros Indios, los Osages. Fué preciso ante todo regular los derechos respectivos por la guerra, y luego, después de una ocupación de algunos años, hubo que defenderse contra nuevos invasores blancos. El movimiento de emigración se continuó hacia el Tejas, entonces república independiente, que les concedió tierras en las llanuras de los ríos Sabina, Angelina, Neches y Trinity, pero se las quitó pocos años después. Sobrevinieron nuevas emigraciones, nuevos combates, y la dispersión casi completa de esta fracción de la nación tcheroki, á excepción de una banda que logró franquear la frontera mejicana y encontró,

por último, asilo al sud de Guadalajara, en las márgenes del lago Chapala. Sus descendientes viven allí todavía y se proclaman con orgullo ciudadanos de la República de Méjico.

Pero el grueso de la nación permaneció en las montañas de los Appalaches. El general Scott, el mismo que después «entró en la gloria» como triunfador de Méjico, tuvo la misión de perseguir á



AVENIDA DE RIVERSIDE, CALIFORNIA

Cl. J. Kuhn, París.

los Tcherokis, de rechazarlos de valle en valle, de incendiar sus campamentos y sus mieses, de devastar sus tumbas; después de una campaña de las más arduas, que duró cinco años, consiguió desalojar á los Indios de todos sus retiros, excepto de los altos escarpes de Quallah, en los montes de la Carolina del Norte, donde vive todavía un grupo de pura descendencia tcheroki. En cuanto á la multitud de los cautivos, fué conducida lentamente, con enfermos, niños y ancianos á través de la inmensidad del territorio americano. En 1838, cuando esos desgraciados llegaron al territorio que les había sido asignado como nueva patria, habían perdido más de la mitad de los suyos y no eran más que trece mil. Pero se rehicieron poco